

La Fuerza de Tarea *Smith* Una Vez Más

Teniente Coronel (R) Joseph G.D. Babb, Ejército de EE.UU.

“QUE NO HAYA OTRA Fuerza de Tarea *Smith*.” El ex Jefe de Estado Mayor del Ejército, el general Gordon R. Sullivan, estableció tal lema para el Ejército de la década de los años noventa, refiriéndose a la reducida fuerza mal preparada y mal equipada, cuyo esfuerzo valiente finalmente no pudo detener a las hordas norcoreanas en una guerra que estalló tras la mayor reducción de fuerzas en la historia de Estados Unidos.¹

Irónicamente, el número de divisiones en actividad cuando el general Sullivan pasó a condición de retiro era diez, la misma cantidad que las existentes al estallido de la Guerra de Corea en el año 1950. La división que preparó y desplegó la Fuerza de Tarea *Smith*, la 24^a División de Infantería, fue puesta en inactividad a principios de la década de los 90 pero en la actualidad, ésta y la 7^a División de Infantería se están reactivando, producto de la decisión del Ejército de agregar dos divisiones de “cuadro” a las diez en actividad.² El Ejército comienza el año 2000 con unidades desplegadas en Bosnia y Kosovo, una década después de terminada la Guerra Fría y 50 años después del término de la Guerra de Corea, al mismo tiempo que continúa el debate acalorado sobre la debida organización del Ejército, el equipo que más necesita, el personal requerido y el papel que le corresponde desempeñar.

Si bien es posible afirmar que el desastre sufrido en Corea es atribuible a los problemas tradicionalmente asociados con el alistamiento militar —incluyendo deficiencias en cuanto a personal, entrenamiento y equipo— tales defectos por lo general parecen haberse evitado hoy en día. Sin embargo, y no obstante las disminuidas instancias de seguir reduciendo tanto el efectivo como el presupuesto militar, resulta poco probable que desaparezcan en un futuro próximo las exigencias de efectuar cambios en las funciones y misiones del Ejército, y la realidad es que será necesario reducir el presupuesto destinado al recurso humano para poder

costear los gastos incurridos en el proceso de modernización. En este momento, justamente cuando el general Eric K. Shinseki asume como líder del Ejército, amerita reevaluar las valiosas lecciones derivadas de la experiencia de la Fuerza de Tarea *Smith*.³ Los deberes y las misiones del Ejército en Japón durante el periodo de la ocupación tienen paralelos con las misiones actualmente en desarrollo en Bosnia y Kosovo.

La Fuerza de Tarea *Smith* generalmente se percibe como un fracaso en el ámbito de la preparación táctica. Sin embargo, para la seguridad nacional de Estados Unidos a largo plazo, la ocupación de Japón probablemente se puede clasificar como un gran éxito, pues Japón sigue siendo nuestro aliado principal en Asia hasta el día de hoy. Los líderes militares contemporáneos enfrentan situaciones y opciones paralelas, en sus esfuerzos por configurar y mantener el componente terrestre de la única superpotencia que aún tiene intereses nacionales en todas partes del mundo.

El Ejército tiene que mantenerse preparado para “librar y ganar las guerras de la Nación”; sin embargo, al mismo tiempo también debe poder conducir otras misiones en apoyo a los objetivos de seguridad nacional.⁴ El debate real sobre el debido papel futuro del Ejército no debería centrarse en la necesidad relativa de prepararse para conducir misiones de guerra, operaciones de no guerra, o bien actividades de estabilidad y apoyo. Las deliberaciones y decisiones deben considerar cómo desplegar al personal suficiente, proporcionar el entrenamiento necesario, obtener el equipo adecuado, organizar y planificar todas las misiones asignadas por los dirigentes políticos y militares. A través de una reevaluación de la Fuerza de Tarea *Smith*, el presente artículo sucintamente revisa no sólo los elementos de alistamiento relativos al personal, entrenamiento y equipo, sino que también estudia los factores del ambiente estratégico, el liderazgo y la moral, como asimismo los

efectos de las misiones no tradicionales conducidas por el Ejército durante la Ocupación de Japón.

La presente evaluación debe realizarse en todos los tres niveles: el estratégico (en Washington, DC); el operacional (en Tokio y Seúl); y el táctico (la zona de ocupación y el campo de batalla). El Ejército estadounidense en la época de Posguerra Fría, pos-*Desert Storm*, así como también en los años posteriores a la II Guerra Mundial, se ve en la obligación de cumplir deberes militares en ambientes no bélicos. Al Ejército ya se le ha asignado la tarea de conducir o apoyar operaciones humanitarias y de imposición de la paz, mantenimiento de la paz, y consolidación de la paz realizadas en forma unilateral, por coaliciones, o auspiciadas por la ONU, y en países tan dispares como son Irak, Somalia, Ruanda, Haití, Bosnia y, recientemente, en Kosovo y Timor Oriental.⁵ Tanto la situación actual como los resultados de estas operaciones son contradictorios y controvertidos. Sin embargo, el papel y el desempeño de las Fuerzas Armadas en Japón y Corea después de la II Guerra Mundial no eran menos controvertidos en su época. El hecho de que no ha estallido un conflicto de mayor envergadura ni en Corea ni en Taiwán indica que el precio de la paz es la presencia y la paciencia de Estados Unidos.

El presente artículo analiza la ocupación de Japón durante los años anteriores a la Guerra de Corea, estudiando específicamente la dirección estratégica, la organización militar y el liderazgo que se conjugaron para formar la Fuerza de Tarea *Smith*, asignarle sus tareas y desplegarla para realizar acciones contra el Ejército Popular de Corea del Norte. La Fuerza de Tarea *Smith*, que llevó el nombre del teniente coronel Charles B. (Brad) Smith, fue el elemento delantero de la 24ª División de Infantería, Octavo Ejército de EE.UU., y la primera unidad de combate de Estados Unidos comprometida por el general Douglas MacArthur en la “acción policial” en Corea en el mes de julio de 1950.

Según lo afirma Roy K. Flint, “las derrotas tácticas aguantadas por los oficiales e integrantes de la 24ª División estaban arraigadas en el fracaso del Ejército —y no solamente de las divisiones con guarnición en Japón— de prepararse durante tiempo de paz para librar la batalla.”⁶ Este artículo identifica las misiones y los deberes de las unidades del Ejército estadounidense que integraban la fuerza de ocupación de Japón, analiza su estado de alistamiento para la guerra, estudia las acciones de la Fuerza de Tarea *Smith* en los días iniciales de la Guerra de Corea y revisa las lecciones derivadas de sus experiencias. De mayor importancia, este artículo establece varios elementos paralelos entre el Ejército de 1945-1950 y el de 1995-2000, a la vez que propone algunas consideraciones y conclusiones basadas en las lecciones sacadas de la Ocupación de Japón y las operaciones de combate conducidas por la Fuerza de Tarea *Smith*.

La Ocupación de Japón

El día 28 de agosto de 1945, los primeros soldados norteamericanos se desplegaron en las islas de Japón para preparar para la llegada de las fuerzas de ocupación. MacArthur, nombrado como el Comandante Supremo de las Potencias Aliadas, llegó el día 30 del mismo mes para implementar la Directiva Básica Inicial de Posrendición.⁷ Dicho documento dispuso la conduc-

La Fuerza de Tarea Smith generalmente se percibe como un fracaso en el ámbito de la preparación táctica. Sin embargo, para la seguridad nacional de Estados Unidos a largo plazo, la ocupación de Japón probablemente se puede clasificar como un gran éxito, pues Japón sigue siendo nuestro aliado principal en Asia hasta el día de hoy.

Los líderes militares contemporáneos enfrentan situaciones y opciones paralelas, en sus esfuerzos por configurar y mantener el componente terrestre de la única superpotencia que aún tiene intereses nacionales en todas partes del mundo.

ción del mismo tipo de operaciones humanitarias, de desarrollo nacional y de seguridad como aquéllas que el Ejército está realizando en la actualidad. También le encomendó al Comandante Supremo de las Potencias Aliadas (término también aplicado al cuartel general) la misión de desmilitarizar y democratizar la Nación japonesa. Los objetivos enumerados en dicho documento, si bien resultaron ser un tanto extensos, son muy ilustrativos, especialmente cuando se comparan con los mandatos que la ONU le ha pedido al Ejército implementar tanto en las operaciones actualmente en desarrollo como en las recientemente finalizadas:

El objetivo de la ONU con respecto a Japón es fomentar aquellas condiciones que nos darán la mayor confianza posible de que Japón nunca más constituya una amenaza a la paz y seguridad del mundo, permitiendo su eventual integración como miembro responsable y pacífico de la familia de naciones. Ciertas medidas consideradas esenciales para el logro de dicho objetivo se han plasmado en la Declaración de Potsdam. Tales medidas incluyen, entre otras, el cumplimiento de la Declaración de Cairo y la limitación de la soberanía japonesa a las cuatro islas principales y cualesquier islas menores que decidan

las Potencias Aliadas; la abolición del militarismo y del ultranacionalismo en todas sus formas; el desarme y la desmilitarización de Japón, manteniendo el control sobre la capacidad de esta nación para hacer la guerra; el fortalecimiento de las tendencias y procesos democráticos en las instituciones gubernamentales, económicas y sociales; y la promoción y apoyo de tendencias políticas liberales en Japón. Estados Unidos quisiera que el Gobierno japonés se conformara lo más estrechamente posible con los principios del auto

El día 28 de agosto de 1945, los primeros soldados norteamericanos se desplegaron en las islas de Japón para preparar para la llegada de las fuerzas de ocupación.

MacArthur, nombrado como el Comandante Supremo de las Potencias Aliadas, llegó el día 30 del mismo mes para implementar la Directiva Básica Inicial de Posrendición.

Dicho documento dispuso la conducción del mismo tipo de operaciones humanitarias, de desarrollo nacional y de seguridad como aquéllas que el Ejército está realizando en la actualidad. También le encomendó al Comandante Supremo de las Potencias Aliadas (término también aplicado al cuartel general) la misión de desmilitarizar y democratizar la Nación japonesa.

gobierno democrático, a pesar de que no les corresponde a las fuerzas de ocupación imponerle una forma de gobierno a Japón que no reciba el apoyo de la voluntad libremente expresada de la población.⁸

Las guías y políticas generales para la ocupación de Europa y Japón fueron establecidas por los aliados principales representados en la Conferencia de Cairo en 1943. Los planificadores militares en Washington habían participado como miembros claves de un equipo encargado de estudiar los problemas de la posguerra desde los días iniciales de la guerra. A principios de 1942, funcionarios del Departamento de Estado, planificadores militares y expertos en las regiones afectadas, comenzaron a formular planes para la posguerra, aunque tal esfuerzo se emprendió en forma relativamente improvisada. Una iniciativa más coherente fue iniciada a principios de 1945, cuando se formó un Comité de Coordinación de los Departamentos de Estado-Guerra-Armada, encargado de preparar un análisis de todas las agencias involucradas en las actividades aliadas en Alemania y Japón de posguerra y

resolver cuál habría de ser el aporte de cada una de ellas en la adopción de las políticas establecidas. ¿Cómo es posible, entonces, que la planificación y cooperación entre diversas agencias presenten problemas tan contenciosos en la actualidad, a pesar de que se derivan de una misma Directiva basada en la Decisión del Presidente en 1998? Los precedentes históricos son tan claros al respecto.

No obstante el esfuerzo dedicado a la planificación, al momento de rendirse Japón, se produjeron debates acalorados e incesantes en Washington sobre las cuestiones políticas relativas al destino de Japón y el papel de Estados Unidos en el mundo de posguerra. En este ambiente tumultuoso y con guías contradictorias, el general MacArthur, ya muy conocedor de la política del Pacífico, sostuvo mucha libertad de acción en la interpretación de su mandato. Inmediatamente comenzó a hacer sentir su presencia a través de la conducción de actividades de auxilio humanitario, atendiendo a los miles de prisioneros de guerra de los Aliados, desmovilizando a las Fuerzas Armadas japonesas, organizando tribunales de crímenes de guerra e instaurando un gobierno civil-militar. Enfrentaba una tarea inmensa y políticamente sensible, y se resolvió ejecutarla en forma sumamente dinámica.¹⁰

Con la rendición incondicional, firmada oficialmente a principios del mes de septiembre, el Comandante Supremo de las Potencias Aliadas asumió la responsabilidad de una nación totalmente aplastada que había sufrido más de cinco millones de bajas, cuyas ciudades principales estaban en ruinas y cuyo sector agrícola ya era incapaz de producir los alimentos suficientes para el país. Japón tenía una población de 74 millones de personas, muchas de las cuales necesitaban casas y atención médica. Más de 5 millones de integrantes del Ejército y de la Armada del Japón, en su mayoría destinados fuera de las islas territoriales del país, tenían que regresar a sus hogares. Es más, se presentó también la necesidad de repatriar a más de un millón de soldados y obreros coreanos y chinos.¹¹

Junto con lo anterior, cuando comenzó la ocupación MacArthur se encontró al mando de más de medio millón de soldados estadounidenses y aliados desplegados en todas partes del Lejano Oriente. Las actividades implícitas en la reorganización, desmovilización y regreso en orden de estos militares a sus países de origen provocaron problemas adicionales para la tarea principal en Japón. El personal del Ejército estadounidense, habiendo recién vencido a los japoneses en cruentos e incesantes combates, desempeñó un papel crítico en la provisión de apoyo humanitario, asegurando la pacificación de Japón y facilitando la reconstrucción de la nación. Las unidades estadounidenses no habían recibido el entrenamiento adecuado para emprender tal misión, y pocos de estos veteranos de com-

bate estaban dispuestos a quedarse en Japón una vez que finalizara la guerra.

Sin embargo, durante su estadía en el país aquellos soldados se encargaron no sólo de un programa tendiente a evitar que los militares japoneses volvieran a amenazar la paz, sino que también emprendieron un programa de reformas radicales para hacer de Japón el reflejo de Estados Unidos: implantaron un nuevo orden político-democrático.¹² Si bien los políticos en Washington y en las demás capitales de los países aliados discutieron entre sí el destino del Emperador y cómo habría de ser el Japón del futuro, el Comandante Supremo de las Potencias Aliadas se puso de inmediato a analizar la tarea que tenía por delante y comenzó a trabajar.

El Comandante Supremo de las Potencias Aliadas soportó los mensajes contradictorios que salían de Washington y el molesto y contraproducente papel de los rusos, algunos de los cuales formaban parte del estado mayor aliado bajo MacArthur en Tokio. La primera fase de la ocupación se concentró en los problemas relacionados con la seguridad y la desmilitarización, en tanto que la segunda se orientó hacia los cambios políticos, económicos y sociales explicitados por los Aliados en sus objetivos generales e interpretados por MacArthur y su estado mayor.¹³

En realidad, las dos fases se realizaron en forma casi simultánea, con la prioridad inicialmente atribuida a las misiones humanitarias y relativas a la desmilitarización. Sin embargo, la voluntad de los japoneses de cumplir cabal y pacíficamente con las condiciones de la rendición hizo que los Aliados, al poco tiempo, dejaran de preocuparse mucho por eventuales problemas de seguridad. MacArthur y su estado mayor se vieron obligados a tomar decisiones que habrían de tener repercusiones a largo plazo en la futura modernización y desarrollo político de Japón. El destino y el papel futuro del emperador y los tribunales de crímenes de guerra eran los asuntos más discutidos y más volubles, pero diversos problemas relacionados con satisfacer las necesidades básicas de la población eran también importantes en los esfuerzos por mantener la estabilidad y la paz en Japón. Otras decisiones sobre la implementación de las políticas más propicias para el desarrollo económico y político, empleando la burocracia japonesa ya en existencia y futuras estructuras gubernamentales, no eran menos complicadas. Aquéllos encargados de la planificación, toma de decisiones e implementación de programas eran, en su mayoría, oficiales militares, que basaban sus acciones en guías emitidas desde Washington que no eran ni claras ni consecuentes.

Los oficiales de estado mayor desempeñaban el papel crítico de interpretar las políticas y asegurar el debido cumplimiento de las directivas relacionadas con el gobierno japonés de posguerra. La desmovilización del

Fotos: Departamento de Defensa



El emperador Hirohito hace una visita sin precedentes al Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas, el general Douglas MacArthur, en la Embajada de EE.UU. en Tokio, el 27 de septiembre de 1945.

En realidad, las dos fases [de la Ocupación de Japón] se realizaron en forma casi simultánea, con la prioridad inicialmente atribuida a las misiones humanitarias y relativas a la desmilitarización. Sin embargo, la voluntad de los japoneses de cumplir cabal y pacíficamente con las condiciones de la rendición hizo que los Aliados, al poco tiempo, dejaran de preocuparse mucho por eventuales problemas de seguridad. MacArthur y su estado mayor se vieron obligados a tomar decisiones que habrían de tener repercusiones a largo plazo en la futura modernización y desarrollo político de Japón. El destino y el papel futuro del emperador y los tribunales de crímenes de guerra eran los asuntos más discutidos y más volubles, pero diversos problemas relacionados con satisfacer las necesidades básicas de la población eran también importantes en los esfuerzos por mantener la estabilidad y la paz en Japón.

Ejército y de la Armada de Japón, la destrucción de sus industrias y materiales de guerra, la distribución de abastecimientos humanitarios y la repatriación de soldados y obreros fueron realizados, por lo general, por los japoneses bajo la supervisión de militares estadounidenses. Además, personal del Ejército de EE.UU. estaba

involucrado, en forma directa, en la redacción de una nueva constitución japonesa, la institución de reformas policiales y educacionales, y en la planificación de radicales cambios políticos, económicos y sociales, incluyendo la reforma agraria, la purga de líderes militares e industriales, y la formación de sindicatos laborales.

Las unidades de combate del Ejército se desplegaban en todas partes de las islas japonesas, realizando patrullajes con el objetivo de impedir el entrenamiento militar ilícito, el establecimiento de escondites de armas

En 1949, la 24ª División de Infantería se encontraba en el tercer año de servicio como fuerza de ocupación en la isla de Kyushu, al sur de las demás islas principales de Japón. En mayo de 1946 la División había completado su traslado a dicha isla, ubicada justamente al otro lado del estrecho de Tsuchima (en Corea), frente a los puertos meridionales de la República de Corea. La base naval principal en Sasebo y la ciudad de Nagasaki se encontraban en Kyushu, donde quedaba poco terreno disponible para servir como polígono de tiro y ninguno para la conducción de maniobras. Cuando la 2ª División del Cuerpo de Infantería de Marina y la 32ª División de Infantería se desplegaron durante breves períodos, la 24ª División de Infantería habría de asumir todas las responsabilidades militares de la isla, cumpliendo todos los deberes implícitos a la ocupación hasta el estallido de la Guerra de Corea.

y toda actividad contrabandista y del mercado negro. Junto con lo anterior, las unidades de infantería también prestaban servicios como policía militar y civil con el fin de mantener la paz y establecer la presencia norteamericana en todas partes del país.¹⁴ Sin embargo, el fanatismo japonés por trabajar con los estadounidenses e implementar la paz superó su fanatismo por la guerra. La disciplina entre el pueblo japonés y los soldados estadounidenses ha sido descrito en muchos foros como milagrosa. El “milagro” se alcanzó producto del liderazgo militar, la buena planificación y organización, junto con un entendimiento profundo de la población y la cultura japonesas obtenido a través del estudio minucioso de ellas.

La fuerza de ocupación inicial, compuesta de los 400.000 soldados del Séptimo y Octavo Ejércitos estadounidenses, fue claramente innecesaria, dada la actitud y las acciones adoptadas por la población japonesa. Además, el pueblo estadounidense, ya cansado de la guerra, insistió en el rápido regreso a la patria de sus compatriotas uniformados. El ritmo de la desmovilización de Estados Unidos causó la reducción acelerada del total de tropas disponibles para prestar servicios en el Lejano Oriente. A principios del año 1946, el Sexto Ejército ya se había red desplegado y el Octavo Ejército quedó con un efectivo total de menos de 200.000 hombres.¹⁵ El Ejército permanente de Estados Unidos se redujo de los ocho millones de soldados en servicio al término de la II Guerra Mundial, a los 592.000 efectivos y 10 divisiones en el año 1949. Cuatro de estas divisiones —la 1ª de Caballería, y la 7ª, la 24ª y la 25ª de Infantería— participaron en la Ocupación de Japón.¹⁶ Una de estas divisiones desplegadas en la ocupación, la 24ª, habría de desplegar a las primeras tropas estadounidenses en Corea.

La 24ª División de Infantería

Se les había dicho que ésta era una acción policial, y que al poco tiempo se encontrarían de regreso a la guarnición en Japón. Daba gusto pensar eso, pues la vida en Japón era muy buena. Casi todos tenían su propio limpiabotas y su propia musame (criada); en un país donde un teniente estadounidense ganaba casi tanto como un ministro de gabinete, incluso un soldado raso podía vivir muy bien. Y el entrenamiento no era muy duro.¹⁷

En 1949, la 24ª División de Infantería se encontraba en el tercer año de servicio como fuerza de ocupación en la isla de Kyushu, al sur de las demás islas principales de Japón. En mayo de 1946 la División había completado su traslado a dicha isla, ubicada justamente al otro lado del estrecho de Tsuchima (en Corea), frente a los puertos meridionales de la República de Corea. La base naval principal en Sasebo y la ciudad de Nagasaki se encontraban en Kyushu, donde quedaba poco terreno disponible para servir como polígono de tiro y ninguno para la conducción de maniobras. Cuando la 2ª División del Cuerpo de Infantería de Marina y la 32ª División de Infantería se desplegaron durante breves períodos, la 24ª División de Infantería habría de asumir todas las responsabilidades militares de la isla, cumpliendo todos los deberes implícitos a la ocupación hasta el estallido de la Guerra de Corea.

Oficialmente la 24ª División asumió responsabilidades relacionadas con la ocupación el día 16 de junio de 1946, encargándose de suprimir varios disturbios de menor importancia provocados por la fraternización y por el antagonismo entre los japoneses y los obreros coreanos aún no repatriados. La División también se

dedicó a aliviar el problema de la escasez de alimentos entre los japoneses, el funcionamiento de los tribunales civiles y militares, y la provisión de intérpretes para apoyar las actividades de reconstrucción y desarrollo.

Continuaban las actividades de entrenamiento y operaciones. La División realizaba extensos patrullajes, conducía entrenamiento de puntería, efectuaba misiones de reconocimiento para descubrir dónde establecer los polígonos de artillería, e instituyó una escuela divisionaria. La División también asumió la responsabilidad de establecer un centro de repatriación. Se preveía también la construcción de clubes, de instalaciones para la Cruz Roja, y de mejores instalaciones de recreo para las tropas.¹⁸ Kyushu habría de servir como guarnición base para la 24ª División de Infantería por un futuro previsible.

La Orden de Ocupación Número 5, emitida por el Comandante Supremo de las Potencias Aliadas con fecha 1 de octubre de 1949, le asignó a la EUSA, el cuartel general superior para todas las divisiones del Ejército destinadas en Japón, la tarea de asegurar que los japoneses cumplieran con todas las órdenes e instrucciones que se les diera. Entre sus deberes principales se destacan los siguientes: promover el desarrollo de la economía con el fin de entregar la alimentación y alojamiento necesarios a la población japonesa; supervisar el proceso de repatriación; y ejecutar aquellas misiones y directivas relacionadas con el desarrollo social, cultural y económico de Japón. Resulta importante resaltar las siguientes disposiciones de las instrucciones:

“(6) Las operaciones deben ser conducidas de tal manera que las fuerzas se encuentren permanentemente preparadas para:

- (a) Librar operaciones de combate.
- (b) Suprimir cualquier desorden, manifestación u otra disputa incipiente.
- (c) En caso de desastre en Japón:
 1. Preservar el orden.
 2. Aliviar el sufrimiento humano proporcionando auxilio de emergencia.
 3. Dar asistencia al Gobierno de Japón según sea requerida.
 4. Efectuar la rehabilitación de emergencia de aquellas instalaciones japonesas afectadas.”¹⁹

Resulta claro, en las comunicaciones emitidas del cuartel general superior ocho meses antes de estallar las hostilidades en la península coreana, que las unidades subordinadas tenían que cumplir con la misión explícita de mantenerse preparadas para el combate. Ahora bien, también está claro que la misma no se designaba como misión prioritaria ni recibía atención especial. ¿Cómo es que la 24ª División de Infantería se organizó para cumplir dicha misión y cuán preparada estaba para el combate? ¿Cómo eran los líderes y cuán alta era la moral de las tropas? Un analista ha aseverado que, “sin exagerar, es



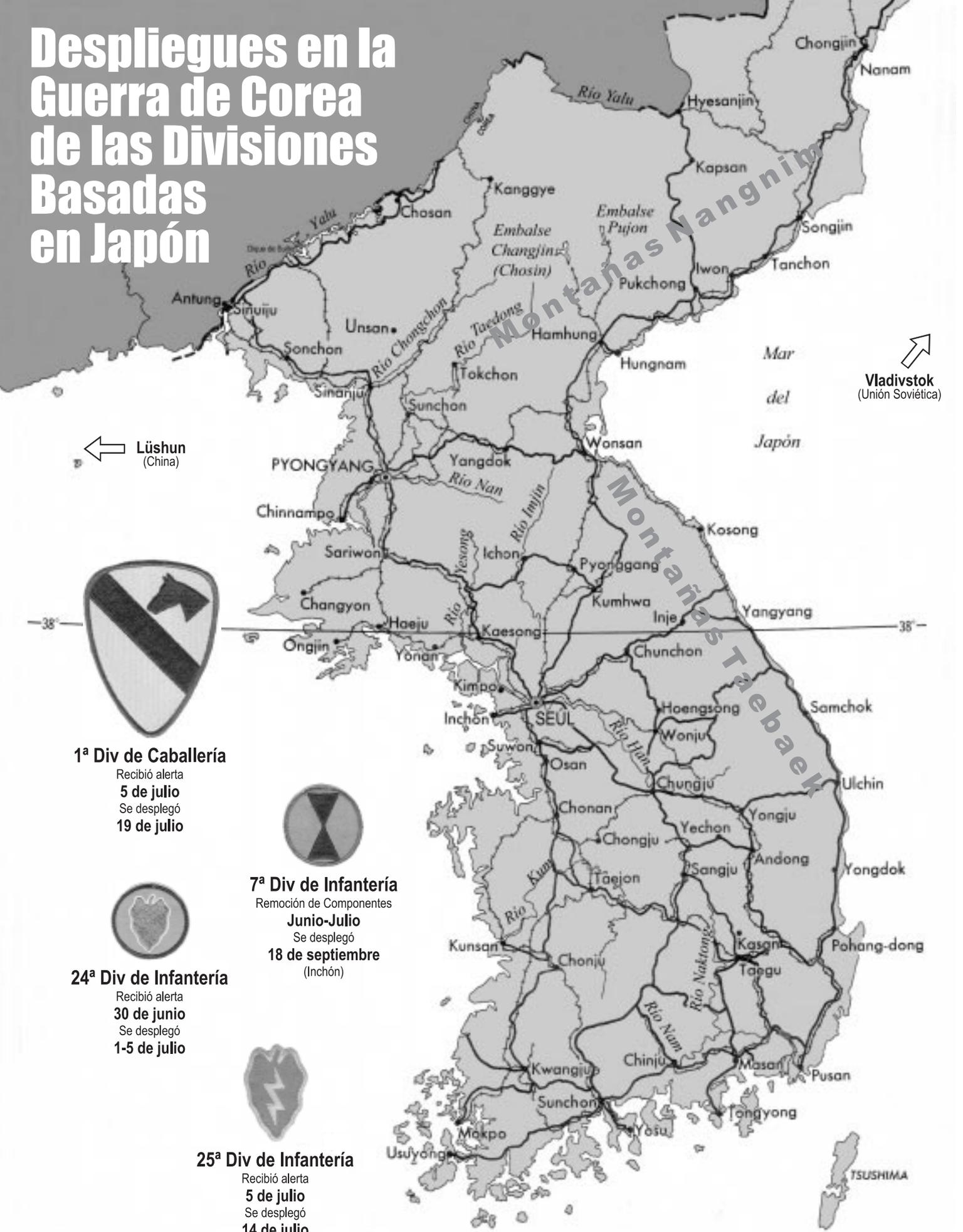
Kenji Dohihara escucha su sentencia de muerte en los tribunales de crímenes de guerra en Tokio, el 12 de noviembre de 1948. El ex general comandó la Sección de Servicios Especiales en Manchuria durante la guerra.

En este ambiente tumultuoso y con guías contradictorias, el general MacArthur, ya muy conocedor de la política del Pacífico, sostuvo mucha libertad de acción en la interpretación de su mandato. Inmediatamente comenzó a hacer sentir su presencia a través de la conducción de actividades de auxilio humanitario, atendiendo a los miles de prisioneros de guerra de los Aliados, desmovilizando a las Fuerzas Armadas japonesas, organizando tribunales de crímenes de guerra e instaurando un gobierno civil-militar. Enfrentaba una tarea inmensa y políticamente sensible, y se resolvió ejecutarla en forma sumamente dinámica.

posible afirmar que las unidades del Octavo Ejército rayaban en estar mal preparadas para la guerra”.²⁰

A principios del año 1949, el efectivo total de la 24ª División de Infantería quedó en aproximadamente 10.700 hombres, muchos menos de los 18.900 efectivos previstos para tiempos de guerra. Ninguno de los tres regimientos de infantería —el 19º, el 21º y el 34º Regimientos— contaba con el debido complemento de tres batallones. El 19º Regimiento comprendía un sólo batallón completo, una compañía de cuartel general y una compañía de un segundo batallón falto de

Despliegues en la Guerra de Corea de las Divisiones Basadas en Japón



← Lushun (China)

↗ Vladivostok (Unión Soviética)



1ª Div de Caballería
 Recibió alerta
5 de julio
 Se desplegó
19 de julio



7ª Div de Infantería
 Remoción de Componentes
Junio-Julio
 Se desplegó
18 de septiembre
 (Inchón)



24ª Div de Infantería
 Recibió alerta
30 de junio
 Se desplegó
1-5 de julio



25ª Div de Infantería
 Recibió alerta
5 de julio
 Se desplegó
14 de julio

medios. El 21° Regimiento se componía de solamente un batallón y dos compañías de cuartel general. El 34° Regimiento se encontraba en las mejores condiciones de los tres, en el sentido organizacional, pues contaba con los tres batallones menos una compañía. El 52° Regimiento de Artillería también estaba falto de medios, y debido a la insuficiencia de los polígonos de tiro, no podía disparar sus armas más de una vez al año. Junto con un alto ritmo de rotación de tropas y las continuas asignaciones como parte de la fuerza de ocupación —factores que les impedían a los soldados recibir el entrenamiento necesario— la situación relativa a personal estaba preocupante.

Quizás más importante aún que la situación anteriormente descrita respecto al personal, fueron las condiciones del equipo. Las unidades estaban dotadas de armas empleadas en la II Guerra Mundial. Además, escaseaban las existencias de municiones, pues la División disponía de solamente “tres proyectiles de artillería de alto explosivo con capacidad antitanque (*High-Explosive Antitank; HEAT*)”.²¹ En lo relativo a las armas servidas por una tripulación y a los vehículos imperaba una realidad muy parecida. Los medios a disposición de los soldados estaban ya antiguos y desgastados, y la escasez de piezas de repuesto dificultaba su mantenimiento. En Japón no se encontraba ninguna unidad blindada en condiciones para conducir operaciones, y éste fue precisamente el elemento que habría de ser esencial en las batallas venideras en Corea; peor aún, los tanques disponibles eran unos *M-24* livianos y mal mantenidos.

Cuando el teniente general Walton E. Walker asumió como comandante del Octavo Ejército en 1949, acentuó sobremedida la importancia del entrenamiento e inmediatamente instituyó un nuevo programa acorde con esta prioridad. Dicho programa comenzó a surtir efectos positivos cuando estalló la guerra. Las unidades habían conducido actividades de entrenamiento tanto a nivel individual como de tripulaciones, pero había pocas instalaciones adecuadas para ensayar el empleo de las armas de fuego indirecto, los fusiles sin retroceso y las armas antitanque. Esta ausencia de una capacidad para destruir tanques fue una deficiencia clave en la batalla contra los norcoreanos. Es más, los batallones y las unidades de mayor magnitud no tenían posibilidad alguna para entrenarse juntos, para así poder desarrollar la tan necesaria interoperabilidad y las pericias requeridas en operaciones de las armas combinadas. Esto iría a constituir un defecto significativo de la Fuerza de Tarea *Smith*.

Así todo, “la mayor debilidad del Ejército estadounidense no residió en las condiciones de sus armas y equipo, por más pésimas que hayan sido. El Ejército estadounidense, desde el año 1945, venía adoptando los modos de la civilidad, a instancias del público. Los soldados

vestían el uniforme, pero eran civiles de corazón”.²² El estilo de vida de los oficiales y de los integrantes de la fuerza de ocupación fomentaba un ambiente informal típico de un “ejército colonial”. Sin embargo, éste es un punto contencioso; no parece ser cierto que el régimen cotidiano del Ejército estadounidense en Japón haya sido más relajado que el de las unidades destinadas en el territorio continental de Estados Unidos.

Las acciones posteriormente realizadas por tropas estadounidenses igualmente faltas de preparación y entrenamiento, y procedentes de un ambiente similarmente relajado y “civilizado”, produjeron victorias importantes en cuestión de pocos meses. Muchos de los oficiales y suboficiales eran veteranos de la II Guerra Mundial, y Estados Unidos aún mantenía la superioridad técnica en sus fuerzas aéreas y navales. Estos factores ayudaron a mitigar las deficiencias iniciales del Ejército de EE.UU. en la península coreana. En la Guerra del Golfo Pérsico, muchos de los oficiales y suboficiales de mayor antigüedad eran veteranos de la Guerra de Vietnam, y los medios aéreos y navales de Estados Unidos y sus aliados eran tecnológicamente superiores, así como lo habían sido en Corea. Quizás sea prudente recordar que tras Inchón, no fue el Ejército norcoreano que derrotó a las fuerzas de la ONU, sino una contraofensiva masiva lanzada por un Ejército chino.

También se debate la noción de que el defecto más importante fue la actitud de los líderes, tanto civiles como militares e inclusive de los soldados, de que la guerra —especialmente la guerra terrestre— ya no era posible en la Era Atómica. Ante las insurgencias inspiradas o incluso apoyadas por los comunistas en Grecia, Vietnam y Malaya, la reciente derrota de los nacionalistas chinos en 1949 no obstante el apoyo que habían recibido de EE.UU., y la continua consolidación del poder soviético en Europa Oriental a fines de la década de los años 40, tal pareciera, retrospectivamente, que las advertencias debieran haber sido obvias. En efecto, no todo el mundo dejó de prestarles atención a tales advertencias; “los mejores líderes —Walker, Stephens, el Comandante del Regimiento y Smith— sabían que la guerra aún era una posibilidad y luchaban contra todos los obstáculos”.²³ El error se cometió a nivel estratégico, pues fue en dicho nivel que se dejó de pronosticar “más o menos acertadamente” los futuros requisitos tácticos del Ejército.

La Fuerza de Tarea *Smith*

Smith, quien era veterano del ataque contra Pearl Harbor lanzado el día 7 de diciembre de 1941 y posteriormente asumió como comandante del 1° Batallón del 21° Regimiento de Infantería —los *Gimlet* (barrera de mano)— de la 24ª División, de repente se vio catapultado a otra guerra, una que no había previsto y para la cual su unidad no estaba cabalmente preparada. Literal y simbólicamente,

Smith iba a dirigir a Estados Unidos en la guerra por segunda vez en diez años.²⁴

En una carta de respuesta a la consulta de un alumno inscrito en la Escuela de Comando y Estado Mayor en el año 1992, el general de brigada Smith, en ese momento pasado a situación de retiro y cuyo nombre identificó también a la fuerza de tarea, coincidió con los relatos “objetivos y acertados” de Fehrenbach, Appleman y Eric Ludvigsen, autor de un artículo publicado en la revista *ARMY* en febrero de 1992.²⁵ Estas tres fuentes se emplean extensamente en la siguiente breve descripción de las actividades de la unidad en Japón y de sus acciones en Corea en el mes de julio de 1950.

El día 25 de junio de 1950, el Ejército Popular de Corea del Norte inició una operación ofensiva en gran escala contra la República de Corea. Aparte de unos asesores militares que prestaban servicios en el Grupo de Asesores Militares en Corea, pocas tropas estadounidenses se encontraban en la península. El comandante del referido Grupo, el general de brigada William L. Roberts, estaba próximo a redesplegarse a Estados Unidos cuando se inició el ataque. En un artículo publicado en la revista *Time* poco antes de la invasión, aseveró que, “Los surcoreanos tienen el mejor ejército fuera de Estados Unidos”.²⁶ Las ocho divisiones del Ejército de la República de Corea, carentes de tanques y de la artillería adecuada, y los integrantes del Grupo de Asesores Militares quedaron estupefactos ante el ataque y, el día 27 de junio, la resistencia ya se desmoronaba en todas partes del país.²⁷ El día después, el 28 de junio, “sólo un puñado de hombres harapientos mantenía las orillas meridionales del Han”.²⁸ El día 30 de junio, basado en una apreciación personal realizada por el mismo MacArthur “en el terreno”, seguida de una petición de recurrir al poder militar, el presidente Harry S. Truman autorizó el despliegue a Corea de dos divisiones del Ejército estadounidense.²⁹

Habiéndose mantenido en condición de alerta desde el 28 de junio, la Fuerza de Tarea *Smith* efectivamente se organizó al anochecer del día 30 de junio.³⁰ El teniente coronel Smith, comandante del 1º Batallón de la 21ª Brigada de Infantería —los llamados “*Gimlets*”— habría de comandar a la primera formación de combate desplegada en Corea. Inmediatamente destacó la necesidad de reemplazos para aumentar a las unidades faltas de personal y se organizó apresuradamente una fuerza de tarea compuesta de elementos de infantería y de artillería, cuyos 400 efectivos procedían de otros regimientos y divisiones. La Fuerza de Tarea *Smith* se preparó para trasladarse a Corea con la misión de “detener a los norcoreanos lo más al norte de Pusán como sea posible”.³⁰

El día 5 de julio, sólo cinco días tras recibir el aviso en Japón, la Fuerza de Tarea *Smith* se desplegó en posición retardatriz al sur de Osán, en Corea. Con tropas y volun-

tarios adicionales, la fuerza de tarea en ese momento contó con un total de 540 soldados. Poco después de las 0800 horas, equipos de artillería y medios antitanque de la Fuerza de Tarea *Smith* dispararon contra una formación de tanques *T-34*, proporcionados por los soviéticos a los norcoreanos. Sin embargo, la columna blindada del Ejército Popular de Corea del Norte siguió avanzando y Smith preparó a su unidad para enfrentar el inevitable asalto de la infantería enemiga. Debido principalmente a las escasas existencias de munición, la abundancia de proyectiles que no estallaban y a las armas inadecuadas a su disposición —antes que a cualquier deficiencia de valentía, de coherencia o bien de liderazgo dentro de la unidad— la Fuerza de Tarea sólo pudo destruir o dañar seis tanques, en un enfrentamiento contra más de 30 tanques enemigos.

Aproximadamente una hora después se detectó el avance de una columna de segundo escalón y la Fuerza de Tarea disparó contra este elemento enemigo tan pronto como éste se dispuso al alcance de las armas propias. Sin embargo, a media tarde la posición estaba próxima a quedar flanqueada, y ya se habían perdido las comunicaciones con la unidad de artillería en la retaguardia. Tras repetidos esfuerzos malogrados por establecer contacto con los medios de artillería y convencido de que habían sido destruidos por los tanques enemigos, Smith finalmente ordenó una retirada. Fue durante esta retirada bajo fuego, una maniobra desde ya muy difícil, que la unidad se descompuso y sufrió muchas bajas. Al retroceder, Smith descubrió que la artillería aún se mantenía intacta y unida con su comandante, el teniente coronel Perry; sin embargo los cañones se habían vuelto inútiles y fue en tales condiciones que se completó la retirada. Aunque los norcoreanos no persiguieron a los estadounidenses en retirada, unos 180 soldados norteamericanos en la Fuerza de Tarea *Smith* resultaron muertos, heridos o desaparecidos.³¹ No obstante esta derrota, la unidad había logrado demorar el avance de Corea del Norte.

Los oficiales de más jerarquía en la cadena de mando estadounidense, incluyendo al mismo MacArthur e incluso algunas de las tropas, creían que cuando el Ejército Popular de Corea del Norte cayera en la cuenta de que los norteamericanos se encontraban desplegados en el terreno en Corea y que estaban desplegando fuerzas adicionales, habría de interrumpirse la invasión.³² Tales factores como un exceso de confianza, esperanza, menosprecio del enemigo y la “arrogancia” parecen haber incidido en el ambiente, la moral y la motivación entre los dirigentes y los dirigidos tanto de la Fuerza de Tarea *Smith*, como de los elementos superiores. Sin embargo, dados los elementos de tarea, misión y riesgos, el desempeño de la Fuerza de Tarea *Smith* es digno de elogio.

Si bien la Fuerza de Tarea quizás pudiera haber salido con más esmero, es posible afirmar que los dos regimien-



Soldados japoneses depositan armas en un punto de recolección establecido por el Ejército de EE.UU. en Yokohama.

El fanatismo japonés por trabajar con los estadounidenses e implementar la paz, superó su fanatismo por la guerra. La disciplina entre el pueblo japonés y los soldados estadounidenses ha sido descrito en muchos foros como milagrosa. El “milagro” se alcanzó producto del liderazgo militar, la buena planificación y organización, junto con un entendimiento profundo de la población y la cultura japonesas obtenido a través del estudio minucioso de ellas.

tos restantes de la 24^a División obtuvieron resultados mucho peores. Sin embargo, la división continuó demostrando al Ejército Popular de Corea del Norte, sufrió muchas pérdidas (incluyendo la captura de su comandante), y luchó hasta que la relevó la 1^a División de Caballería el día 22 de julio.³³ El perímetro de Pusán se mantuvo firme contra la embestida enemiga y se lanzó una contraofensiva exitosa a principios del otoño. La 24^a División, reorganizada y reforzada, se lució en combates posteriores de la guerra. Smith permaneció al mando del 1^o Batallón de la 21^a Brigada de Infantería hasta el mes de noviembre de 1950.³⁴

Consideraciones

Hoy en día hemos heredado los problemas y las responsabilidades que enfrentaron y soportaron los japo-

neses en la región de Corea-Manchuria durante casi la mitad de un siglo, y existe cierta justicia poética en los dolores que estamos sufriendo bajo el peso de un yugo que, cuando otros lo cargaban, nos parecía ser cosa tan poco digna de estima. Lo más triste de todo es que pocas son las personas capaces de discernir la relación entre el pasado y el presente. A fin de cuentas, si no vamos a aprender las lecciones que nos enseñan nuestros propios errores, difícilmente podremos aprender las lecciones brindadas por cualquier otra experiencia.³⁵

En todos los niveles del sector defensa durante el lapso entre 1945 y 1950, se cometieron errores de omisión y de comisión que persuadieron a los líderes del Ejército Popular de Corea del Norte de que podrían atacar y derrotar a una fuerza militar apoyada por asesores y medios logísticos de Estados Unidos. El Ejército Popular de Corea del Norte

se convenció de que le sería posible triunfar antes que el poderío militar estadounidense se dispusiera a contrarrestarlo. Un elemento obvio de esta ecuación fue la necesidad de MacArthur, su estado mayor, el Octavo Ejército y sus unidades subordinadas a proseguir con la tarea estratégica vital de desmilitarizar y democratizar a Japón, el “enemigo más ajeno jamás enfrentado por Estados Unidos en una lucha suprema”.³⁶

Hace medio siglo Estados Unidos le hizo caso omiso a una amenaza potencial que aún nos acecha hoy en día. La Guerra de Corea no está resuelta, y Estados Unidos aún está sufriendo bajas. Ésta fue la primera operación importante auspiciada por la ONU, operaciones éstas que abundan desde el término de la Guerra Fría. Una pregunta inevitablemente tiene que contestarse: ¿Hemos aprendido alguna lección en los cincuenta años transcurridos desde dicha guerra?

Las lecciones derivadas de la ocupación de Japón y de la experiencia táctica obtenida por la Fuerza de Tarea *Smith* en combate, con frecuencia se valorizan sólo como “un ejemplo de la mala preparación”. Más que eso, esta lección ofrece un estudio del equilibrio entre los objetivos de la nación por una parte y, por otra, sus capacidades reales y su voluntad de emplearlas. Es un estudio de las decisiones y los planes resueltos por líderes ignorantes de la historia, la cultura, las ideologías de una población extranjera y la situación geopolítica de la región. Es, además, un estudio de la dependencia de tecnologías inapropiadas o bien de las tecnologías adecuadas pero mal integradas en el instrumento militar en su conjunto, y la arrogancia nacida tras el éxito obtenido en una guerra recién terminada. Es un estudio de las percepciones tergiversadas de demasiados líderes claves que sólo ven el mundo a través de la óptica de sus propias ilusiones y quedan ciegos a la realidad.

Un autor describe el “panorama del Nuevo Mundo ya conocido en el ambiente de Posguerra Fría”, señalando que las tendencias actualmente en desarrollo presagian el surgimiento de cada vez más conflictos. Sin embargo, al mismo tiempo señala que éste es un mundo distinto en que las naciones probablemente se encontrarán inmersas en conflictos internos e internacionales.³⁷

La ocupación de Japón y el destino sufrido por la Fuerza de Tarea *Smith* sugieren que en la presente época de Posguerra Fría, estamos buscando soluciones tanto en los lugares más apropiados como asimismo en los más equivocados. La tecnología forma sólo una respuesta parcial a los problemas que enfrentamos en nuestros esfuerzos por lograr los objetivos nacionales en el siglo XXI. Así también, nuestros profundizados conocimientos y planes regionales, una fuerza conjunta más integrada, la capacidad para entender y evaluar los medios a disposición de nuestros aliados y amigos para así poder colaborar más eficazmente con ellos, y un cabal

entendimiento de las capacidades de nuestros enemigos; éstos son todos factores que, en su conjunto, no nos pueden ofrecer nada más que soluciones parciales. Las verdaderas soluciones no se pueden obtener tan fácilmente, sino que deben ser ganadas a través del estudio y la práctica.

Los líderes militares superiores en Washington deben educar a los integrantes de los poderes ejecutivo —incluyendo el gabinete— y legislativo carentes de experiencia militar, para que entiendan los riesgos y los peligros implícitos en la decisión de comprometer a la fuerza militar a través de un espectro de actividades cada vez más complejas y variadas. Nuestros líderes políticos deben concederles a las Fuerzas Armadas los fondos adecuados para obtener el mejor balance de personal, equipo, entrenamiento y estructura de la fuerza para que sea posible erigir a la mejor fuerza posible y desarrollar a líderes capaces de enfrentar los desafíos del futuro con confianza e inteligencia.

A nivel operacional, los comandantes en jefe en los teatros de operaciones —o sea, los generales equivalentes a MacArthur que prestan servicios hoy en día— deben prever, planificar, balancear y conducir actividades militares, tanto en la guerra como en las operaciones de no guerra, con la combinación óptima de elementos conjuntos, multinacionales e interagenciales de una fuerza desplegada en el momento oportuno y el lugar correcto. Esto no significa inevitablemente que se requiera una fuerza de combate abrumadora, pues lo que tal vez parezca ser la solución más sencilla puede resultar, a largo plazo, extremadamente costosa. El ataque equivocado de los medios de la Fuerza Aérea y de la Armada estadounidenses contra fuerzas estadounidenses y de la República de Corea en los días iniciales del conflicto de Corea fue una tragedia que exacerbó los problemas enfrentados por la 24ª División de Infantería. Es aún más trágico que hoy en día seguimos disparando unos contra otros, figurativa y literalmente, sin que exista un equipo realmente conjunto que pueda alcanzar la interoperabilidad en operaciones realmente coherentes y eficientes ejecutadas por las múltiples instituciones armadas.

A nivel táctico, el nivel de la Fuerza de Tarea *Smith*, sostenemos que un soldado disciplinado y bien entrenado para cumplir su misión bélica, también puede realizar “cualquier tarea de no guerra” que se le asigne, debido en parte a la prioridad que le atribuimos a la necesidad de dedicar los fondos, las horas y las instalaciones a nuestra disposición para ensayar la misión de “luchar y triunfar”. Si lo anterior implica que sólo estamos preparados para servir a nuestra nación con reacciones resueltas en forma *ad hoc* en las llamadas Operaciones de Estabilidad y Apoyo, y para satisfacernos con una pérdida o, cuando mejor, un empate en situaciones tales como aquéllas que enfrentamos en Ruanda, Somalia y

Haití, entonces estamos defraudando a la nación. Respecto a los Balcanes, ¿tenemos la misión de ganar la paz o es más bien que nuestro objetivo es sencillamente protegerlos hasta tal momento que recibamos la orden de redesplegarnos? ¿Qué haría MacArthur en Bosnia o en Kosovo?

Afortunadamente no perdimos a Japón en nuestros esfuerzos por salvar a Corea. Sin embargo, incuestionablemente habría sido mejor ganar tanto la guerra como la paz, con menos bajas. La consolidación y el mantenimiento de la paz, la disuasión de la guerra y,

en caso de fracasar la disuasión, la victoria en la guerra son las exigencias de la Estrategia de Seguridad Nacional. La seguridad nacional requiere que forjemos a los futuros líderes del Ejército, la estructura de la fuerza, el equipo y el entrenamiento para poder cumplir con todas las exigencias anteriormente mencionadas. En el éxito obtenido en la ocupación de Japón y en los sacrificios sufridos por la Fuerza de Tarea *Smith*, muchas son las lecciones que podemos aplicar directamente —a los niveles táctico, operacional y estratégico— al Ejército y a la fuerza conjunta de hoy en día. **MR**

NOTAS

1. Gordon R. Sullivan, "No More Task Force Smiths", entrevistado por L. James Binder en la revista *ARMY* (enero de 1992), pág. 21.
2. Jim Tice, "Anybody Home?", *Army Times* (17 de abril de 1995), pág. 21.
3. *Ibid.*, pág. 2.
4. Departamento de Defensa, Oficina del Presidente de los Jefes Conjuntos de Estado Mayor, *National Military Strategy of the United States of America* (Washington DC: Imprenta del Gobierno de EE.UU., febrero de 1995), pág. i.
5. La consolidación de la paz consiste en las acciones realizadas después de terminado un conflicto, principalmente en el ámbito diplomático, que permiten fortalecer y reconstruir la infraestructura y las instituciones civiles para evitar una vuelta al conflicto. La imposición de la paz es la aplicación de la fuerza militar o la amenaza con recurrir a la misma, normalmente con autorización de un organismo internacional, para obligar a los beligerantes a cumplir con las resoluciones y sanciones generalmente aceptadas. El mantenimiento de la paz implica la conducción de operaciones militares o paramilitares con el consentimiento de todos los partidos beligerantes. Departamento del Ejército, *Manual de Campaña 100-23, Operaciones de Paz* (Washington DC: Departamento del Ejército, 30 de diciembre de 1994), págs. 2-6.
6. Charles E. Heller y William A. Stofft, *America's First Battles: 1776-1965* (Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 1986), pág. 266.
7. Walt Sheldon, *The Honorable Conquerors: The Occupation of Japan 1945-1952* (Nueva York: MacMillan Company, 1965), pág. 39.
8. *Ibid.*, págs. 40-41.
9. Robert Wolfe, editor, *American Proconsuls: United States Government in Germany 1944-1952* (Carbondale, Illinois: Southern Illinois University Press, 1994), págs. 3-54.
10. Kenneth B. Pyle, *The Making of Modern Japan* (Lexington, Massachusetts: Heath and Company, 1978), págs. 151-55.
11. Sheldon, págs. 40-41.
12. Pyle, págs. 151-55.
13. Charles Willoughby y John Chamberlain, *MacArthur: 1941-1951* (Nueva York: McGraw-Hill, 1954), págs. 300-328.
14. Vigésima Cuarta División de Infantería, "Occupation History of the 24th Infantry Division: 1-21 January 1946", Archivos de la Biblioteca de Investigaciones de las Armas Combinadas en el Fuerte Leavenworth, Kansas.
15. *Ibid.*, págs. 151-55.

16. Roy E. Appleman, *South to the Naktong, North to the Yalu* (Washington, DC: Imprenta del Gobierno de EE.UU., 1961), pág. 49.
17. T.R. Fehrenbach, *This Kind of War: A Study in Unpreparedness* (Nueva York: MacMillan Company, 1963; Reimpreso en Fuerte Leavenworth, Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de EE.UU., 1994), pág. 100.
18. Vigésima Cuarta División de Infantería, "The Occupation of Japan: A Unit History of the Twenty-fourth Infantry Division for May 1946" (Okayama, Honshu, Japón), Archivos de la Biblioteca de Investigaciones de las Armas Combinadas en el Fuerte Leavenworth, Kansas.
19. Comandante Supremo de los Poderes Aliados, *Occupation Instructions No. 5, APO 500* (Tokio, Japón: 1 de octubre de 1949), Archivos de la Biblioteca de Investigaciones de las Armas Combinadas en el Fuerte Leavenworth, Kansas, pág. 3.
20. Heller y Stofft, págs. 269-75.
21. *Ibid.*, pág. 274.
22. Fehrenbach, pág. 91.
23. Heller y Stofft, págs. 274-75.
24. *Ibid.*, pág. 266.
25. C.B. Smith, en el Estado de Arizona, a Kenneth W. Carrol, en el Estado de Missouri, 15 de marzo de 1992.
26. Fehrenbach, pág. 17.
27. *Ibid.*, pág. 76.
28. *Ibid.*, pág. 90.
29. Eric C. Ludvigsen, "An Arrogant Display of Strength", *ARMY* (enero de 1992), págs. 36-45.
30. *Ibid.*
31. Appleman, págs. 59-76.
32. *Ibid.*, págs. 60, 70, 73.
33. Fehrenbach, págs. 124-47.
34. Ludvigsen, pág. 45.
35. George F. Kennan, *American Diplomacy: 1900-1950* (Chicago: University of Chicago Press, 1951), pág. 49.
36. Ruth Benedict, *The Chrysanthemum and the Sword: Patterns of Japanese Culture* (Rutland, Vermont: Charles E. Tuttle Company, 1954), pág. 1.
37. "Looking in All the Wrong Places?", *Armed Forces Journal* (mayo de 1995), pág. 39.

El teniente coronel Joseph G.D. Babb, retirado del Ejército de EE.UU., sirve actualmente en calidad de instructor en la División de Operaciones No Bélicas, del Departamento de Operaciones Conjuntas y Multinacionales, en la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de EE.UU. en el Fuerte Leavenworth, Kansas. Recibió el grado de bachiller en artes de la Universidad de Bowdoin, el grado de Maestría en Administración Pública en la Universidad de Clark, el título de Maestría en Artes de la Universidad de Kansas, y es graduado de la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército. Ha prestado servicios en una variedad de posiciones de mando y estado mayor en el territorio continental de Estados Unidos y en el Estado de Hawaii, incluyendo su servicio como oficial de inteligencia, 10^a de Fuerzas Especiales (Paracaidista), en el Fuerte Devens, Massachusetts; analista de las fuerzas terrestres chinas, en la Agencia de Inteligencia de Defensa, en Washington, DC; oficial de enlace de la Agencia de Inteligencia de Defensa ante el Centro del Comando Militar Nacional en Washington DC; y analista de más antigüedad especializado en China y subdirector de inteligencia actual, en el Cuartel General del Comando del Pacífico de las FF.AA. de Estados Unidos, ubicado en el Campamento H.M. Smith, Hawaii; oficial administrativo en la oficina del subjefe de estado mayor para Operaciones, Ejército de EE.UU. en el Pacífico con enfoque en Asia del Nordeste/Australia/Nueva Zelanda/Estados Unidos, en el Fuerte Shafter, Hawaii; y jefe de Estudios Estratégicos en el Departamento de Operaciones Conjuntas y Combinadas. Su artículo, "Prairie Warrior 96: Special Operations", apareció en la revista Military Review, edición en inglés, en el número de julio-agosto de 1996.